

GEORGE S. CLASON

El hombre más rico de Babilonia

Cómo alcanzar el éxito
y solucionar tus problemas financieros



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Éxito

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

George S. Clason

1.ª edición en versión bolsillo: octubre de 2025

Título original: *The richest man in Babylon*

Traducción: *José Luis Sánchez*

Revisión y actualización: *TiEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Espacio y punto*

Maquetación: *Isabel Estrada*

© George S. Clason

(Reservados todos los derechos)

© 1983, Clyde Clason

Publicado por acuerdo con New American Library, sello editorial de Penguin Publishing Group, una división de Random House LLC.

© 1994, 2025 Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados todos los derechos para la lengua española)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-344-2

DL B 3.955-2012

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio	7
1. El hombre que deseaba oro	11
2. El hombre más rico de Babilonia.....	19
3. Las siete maneras de llenar una bolsa vacía.....	33
4. La diosa de la fortuna	53
5. Las cinco leyes del oro.....	69
6. El prestamista de oro de Babilonia	85
7. Las murallas de Babilonia.....	101
8. El tratante de camellos de Babilonia.....	107
9. Las tablillas de barro de Babilonia.....	119
10. El hombre más afortunado de Babilonia.....	131
11. Un resumen histórico de Babilonia.....	151

Ante ti se extiende el futuro como un camino que lleva muy lejos. A lo largo de ese camino, se encuentran los sueños que deseas cumplir..., los deseos que quieres satisfacer.

Para realizar tus sueños y tus deseos, debes triunfar en el terreno financiero. Para ello, aplica los principios fundamentales claramente enunciados en las páginas de este libro. Deja que estos principios te alejen de las dificultades que conlleva la pobreza y que te ofrezcan la vida feliz y plena que aporta una bolsa bien provista.

Estos principios son universales e inmutables igual que la ley de la gravedad. Te podrán mostrar, como ya lo han hecho a tantos otros antes que a ti, la manera de engordar tu bolsa, de aumentar tu cuenta bancaria y de asegurarte un notable éxito económico.

El dinero será abundante para los que comprendan las sencillas reglas de la adquisición de bienes.

1. Comienza a llenar tu bolsa.
2. Controla tus gastos.
3. Haz que tu dinero dé frutos.
4. Impide que tus tesoros se pierdan.
5. Haz que tu propiedad sea una inversión rentable.
6. Asegúrate ingresos para el futuro.
7. Aumenta tu habilidad en la adquisición de bienes.

Prefacio

Nuestra prosperidad como nación depende de la prosperidad financiera personal de cada uno de nosotros como individuos.

Este libro trata del éxito personal de cada uno. El éxito procede de los logros conseguidos gracias a nuestros esfuerzos y habilidades. La clave del éxito es una buena preparación. Nuestras acciones no pueden ser más sabias que nuestros pensamientos. Nuestra manera de pensar no puede ser más sabia que nuestro entendimiento.

Este libro de terapia para los bolsillos vacíos constituye una guía financiera. Su objetivo es ofrecer a los que buscan el éxito económico una visión que los ayude a conseguir dinero, a conservarlo y a hacer que dé frutos. En las páginas siguientes, serás transportado a Babilonia, cuna de las reglas básicas de la economía que aún hoy en día son reconocidas y aplicadas en todo el mundo. El autor desea que este libro, igual que lo ha sido para tantos otros en todo el país, sirva de inspiración a sus nuevos lectores para que consigan que su cuenta bancaria se engrose constantemente, que aumenten sus éxitos económicos y que descubran la solución a sus problemas financieros.

El autor aprovecha la ocasión para expresar su gratitud a los que han compartido generosamente estos relatos con sus amigos, parientes, empleados y socios. Ningún apoyo habría

sido más convincente que el de las personas prácticas que aprecian estas enseñanzas porque han triunfado utilizando las reglas que propone este libro.

Babilonia fue la ciudad más rica del mundo en la Antigüedad debido a que sus ciudadanos eran en aquel tiempo los más ricos. Apreciaban el valor del dinero. Ellos aplicaron unas sólidas reglas básicas para obtenerlo, conservarlo y lograr que diera fruto. Consiguieron lo que todos deseamos: ingresos para el futuro.

G. S. C.

Dinero es el criterio universal por el que se mide el éxito en nuestra sociedad.

El dinero da la posibilidad de gozar de lo mejor de la existencia.

El dinero es abundante para quien conoce los medios de obtenerlo.

Hoy en día el dinero está sometido a las mismas leyes que lo regían hace seis mil años, cuando los hombres prósperos se paseaban por las calles de Babilonia.

1. El hombre que deseaba oro

Bansir, el fabricante de carros de la ciudad de Babilonia, se sentía muy desanimado. Sentado en el muro que rodeaba su propiedad, contemplaba tristemente su modesta casa y su taller, en el cual había un carro sin terminar. Su mujer salía a menudo a la puerta y lanzaba una mirada furtiva en su dirección recordándole que ya casi no les quedaba comida y que tendría que estar acabando el carro, es decir, clavando, tallando, puliendo, pintando y extendiendo el cuero sobre las ruedas, de modo que estuviera preparado para ser entregado al rico cliente y pagado por éste.

Sin embargo, su cuerpo grande y musculoso permanecía inmóvil apoyado en la pared. Su mente lenta daba vueltas a un asunto al que no encontraba solución alguna. El cálido sol tropical, tan típico del valle del Éufrates, caía sobre él sin piedad. Perlas de sudor se formaban en su frente y se deslizaban inadvertidas hasta desaparecer en su pecho velludo.

En la parte trasera, su casa estaba dominada por los muros que rodeaban las terrazas del palacio real. Muy cerca de allí, la torre pintada del Templo de Bel se recortaba contra el azul del cielo. A la sombra de tal grandeza, se encontraba su modesta casa, y muchas otras menos limpias y cuidadas que la suya.

Así era Babilonia: una mezcla de grandeza y miseria, de cegadora riqueza y de terrible pobreza sin orden alguno en el interior de las murallas de la ciudad.

Si se hubiera molestado en darse la vuelta, Bansir habría visto cómo los ruidosos carros de los ricos empujaban y hacían tambalearse a los comerciantes que llevaban sandalias y a los mendigos que iban descalzos. Incluso los ricos se veían obligados a meter los pies en los desagües para dejar paso a las largas filas de esclavos y de portadores de agua ‘a servicio del rey’. Cada esclavo llevaba una pesada piel de cabra llena de agua que vertía en los jardines colgantes.

Bansir estaba demasiado absorto en su propio problema para oír o prestar atención al ajetreo confuso de la rica ciudad. Fue el sonido familiar de una lira lo que le sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y vio el rostro expresivo y sonriente de su mejor amigo, Kobi el músico.

—Que los dioses te bendigan con gran generosidad, mi buen amigo —dijo Kobi a modo de saludo—. Aunque me parece que son tan generosos que ya no tienes ninguna necesidad de trabajar. Me alegro de que tengas esa suerte. Es más, me gustaría compartirla contigo. Te ruego que me hagas el favor de sacar dos shekeles de tu bolsa, que debe estar bien llena, puesto que no estás trabajando en tu taller, y me los prestes hasta después del festín de los nobles de esta noche. No los perderás, te los devolveré.

—Si tuviera dos shekeles —respondió tristemente Bansir—, no podría prestárselos a nadie, ni a ti, mi mejor amigo, porque serían toda mi fortuna. Nadie presta toda su fortuna ni a su mejor amigo.

—¿Qué? —exclamó Kobi sorprendido—. ¿No tienes ni un shekel en tu bolsa y te quedas sentado en el muro como una

estatua? ¿Por qué no acabas ese carro? ¿Cómo sacias tu hambre? No te reconozco, amigo mío. ¿Dónde está tu energía desbordante? ¿Te aflige alguna cosa? ¿Te han causado los dioses algún problema?

—Debe de ser un castigo que me han enviado los dioses —asintió Bansir—. Comenzó con un sueño, un sueño que no tenía sentido, en el que yo creía que era un hombre afortunado. De mi cintura colgaba una hermosa bolsa repleta de pesadas monedas. Poseía shekeles que tiraba despreocupadamente a los mendigos, monedas de oro con las que compraba adornos para mi mujer y todo lo que deseaba para mí; eran tantas las monedas de oro que tenía, que incluso me permitían mirar con tranquilidad el futuro y gastar con libertad. Me invadía un maravilloso sentimiento de satisfacción. Si me hubieras visto, no habrías conocido en mí al esforzado trabajador ni en mi esposa a esa mujer arrugada; habrías encontrado en su lugar a una mujer con el rostro pletórico de felicidad que sonreía como al comienzo de nuestro matrimonio.

—Un bello sueño, en efecto —comentó Kobi—, pero ¿por qué sentimientos tan placenteros te han convertido en una estatua colocada sobre el muro?

—¿Por qué? Porque en el momento que me he despertado y he recordado hasta qué punto mi bolsa se encontraba vacía, me ha invadido un sentimiento de rebeldía. Me gustaría hablar de ello contigo, porque, como dicen los marinos, los dos remamos en la misma barca. De jóvenes fuimos a visitar a los sacerdotes para aprender su sabiduría. Cuando nos hicimos hombres, compartimos los mismos placeres. En la edad adulta, siempre hemos sido buenos amigos. Estábamos satisfechos de nuestra suerte. Éramos felices de trabajar largas horas y de gastar libremente nuestro salario. Ganamos mucho dinero

durante los años pasados, pero los goces de la riqueza sólo los hemos podido experimentar en sueños. ¿Somos acaso estúpidos borregos? Vivimos en la ciudad más rica del mundo. Los viajeros dicen que ninguna otra ciudad la iguala. Ante nosotros se extiende esta riqueza, pero no poseemos nada de ella. Tras haber pasado la mitad de tu vida trabajando arduamente, tú, mi mejor amigo, tienes la bolsa vacía y me preguntas: “¿Me puedes dejar una suma tan insignificante como dos shekeles hasta después del festín de los nobles de esta noche?”. ¿Y qué es lo que yo te respondo? ¿Digo que aquí tienes mi bolsa y que comparto contigo su contenido? No, admito que mi bolsa está tan vacía como la tuya. ¿Qué es lo que no funciona? ¿Por qué no podemos conseguir más plata y más oro, más de lo necesario para poder comer y vestirnos?

»Consideremos a nuestros hijos. ¿No están siguiendo el mismo camino de sus padres? ¿También ellos con sus familias, y sus hijos con las suyas, habrán de vivir entre los acaparadores de oro y se tendrán que contentar con beber la consabida leche de cabra y alimentarse de caldo claro?

—Durante todos estos años que hemos sido amigos, nunca habías hablado así —replicó Kobi intrigado.

—Durante todos estos años, nunca había pensado así. Desde el alba hasta que me hacía parar la oscuridad de la noche, he trabajado haciendo los más bellos carros que pueda fabricar un hombre sin casi atreverme apenas a esperar que un día los dioses reconocerían mis buenas obras y me darían una gran prosperidad, lo que jamás han hecho. Al fin me doy cuenta de que nunca lo harán. Por eso estoy triste. Deseo ser rico. Quiero poseer tierras y ganado, lucir bellas ropas y llenar mi bolsa de dinero. Estoy dispuesto a trabajar con todas mis fuerzas, con toda la habilidad de mis manos, con toda la destreza de mi

cabeza, pero deseo que mis esfuerzos sean recompensados. ¿Qué nos ocurre? Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué no tenemos una parte justa de todas las cosas buenas que con tanta abundancia pueden conseguir los que poseen el oro?

—¡Ay, si conociera la respuesta! —respondió Kobi—. Yo no estoy más satisfecho que tú. Todo el dinero que gano con mi lira se gasta rápidamente. A menudo he de planificar y calcular para que mi familia no pase hambre. Yo también tengo en mi fuero interno el deseo de poseer una lira suficientemente grande para hacer sonar la variada música que me viene a la mente. Con un instrumento así, podría producir una música tan suave que ni el mismo rey habría oído nunca nada parecido.

—Tú deberías tener una lira así. Nadie en la ciudad de Babilonia podría hacerla sonar mejor que tú, hacerla cantar tan melodiosamente que, no sólo el rey, sino incluso los dioses quedarían maravillados. Pero ¿cómo podrías conseguirla si tú y yo somos tan pobres como los esclavos del rey? ¡Escucha la campana! ¡Ya vienen! —dijo señalando una larga columna de hombres medio desnudos, los portadores de agua que venían del río, sudando y sufriendo por una estrecha calle. Caminaban en columnas de cinco, encorvados bajo la pesada piel de cabra llena de agua.

—El hombre que los guía es hermoso —Kobi indicó al hombre que tocaba la campana y andaba sin carga al frente de todos—. En su país es fácil encontrar a hombres hermosos.

—En la fila, hay varios rostros bellos —dijo Bansir—, tanto como los nuestros. Hombres del norte altos y rubios, hombres del sur negros y risueños, y hombres pequeños y morenos de los países vecinos. Todos caminan juntos del río a los jardines y de los jardines al río, cada día de cada año. No pueden esperar

ninguna felicidad. Duermen sobre lechos de paja y comen gachas. ¡Me dan pena esos pobres animales, Kobi!

—A mí también me dan pena. Pero me hacen recordar que nosotros no estamos mucho mejor que ellos, aunque nos llamemos libres.

—Es cierto, Kobi, pero no me gusta pensar en eso. No queremos seguir viviendo como esclavos año tras año. Trabajar, trabajar, trabajar... ¡Y no llegar a nada!

—¿No deberíamos intentar averiguar cómo consiguieron los otros su oro y hacer como ellos? —preguntó Kobi.

—Tal vez haya un secreto que podremos aprender simplemente si encontramos a los que lo conocen —respondió Bansir pensativo.

—Hoy mismo —añadió Kobi— me he cruzado con nuestro viejo amigo Arkad, que se paseaba en su carro dorado. Te diré que ni me ha mirado, como algunos de los de su clase creen tener derecho a hacer. En vez de eso, ha hecho una señal con la mano para que los espectadores pudieran verle saludar y conceder el favor de una sonrisa amable a Kobi el músico.

—Sí, dicen que es el hombre más rico de toda Babilonia —dijo Bansir.

—Tan rico, dicen, que el rey recurre a su oro para asuntos del tesoro —contestó Kobi.

—Tan rico —comentó Bansir— que si me lo encontrara de noche, estaría tentado de vaciarle la bolsa.

—¡Eso es absurdo! —replicó Kobi—. La fortuna de un hombre no está en la bolsa que lleva consigo. Una bolsa bien repleta se vacía con rapidez si no hay una fuente de oro para alimentarla. Arkad tiene unos ingresos que mantienen su bolsa llena, gaste como gaste su dinero.

—¡Los ingresos! ¡Eso es lo importante! —dijo Bansir—. Deseo una renta que continúe alimentando mi bolsa, tanto si me quedo sentado en el muro de mi casa como si viajo a lejanos países. Arkad debe de saber cómo un hombre puede asegurarse una renta. ¿Crees que será capaz de explicárselo a alguien con una mente tan torpe como la mía?

—Me parece que enseñó su saber a su hijo Nomasir —respondió Kobi—. Éste fue a Nínive y, según dicen en la posada, se convirtió, sin la ayuda de su padre, en uno de los hombres más ricos de la ciudad.

—Kobi, lo que acabas de decir ha hecho que se me ocurra una magnífica idea —un nuevo brillo apareció en los ojos de Bansir—. Nada cuesta pedir un sabio consejo a un buen amigo, y Arkad siempre ha sido un amigo. No importa que nuestras bolsas estén tan vacías como el nido de halcón del año anterior. No nos detengamos por eso. No nos inquietemos por no poseer oro en medio de la abundancia. Deseamos ser ricos. ¡Ven! Vayamos a ver a Arkad y preguntémosle cómo podríamos conseguir ganancias por nosotros mismos.

—Hablas poseído por una auténtica inspiración, Bansir. Traes a mi mente una nueva visión de las cosas. Me haces tomar conciencia de la razón por la que nunca hemos tenido riqueza. Nunca la hemos buscado activamente. Tú has trabajado con paciencia para construir los carros más sólidos de Babilonia. Has concentrado en ello todos tus esfuerzos y lo has conseguido. Yo me he esforzado en convertirme en un hábil músico, y lo he logrado.

»En lo que nos hemos propuesto triunfar, hemos triunfado. Los dioses estaban contentos de dejarnos continuar así. Ahora, por fin vemos una luz tan brillante como el amanecer y nos ordena que aprendamos más para prosperar. Encontraremos,

con un nuevo entendimiento, métodos honrados de cumplir nuestros deseos.

—Vayamos hoy a ver a Arkad —dijo Bansir—. Pidamos a los amigos de nuestra infancia que tampoco han triunfado que se nos unan y que compartan con nosotros esa sabiduría.

—Eres en verdad un amigo considerado, Bansir. Por eso tienes tantas amistades. Haremos como dices. Vayamos hoy a buscarlos para que vengan con nosotros.

2. El hombre más rico de Babilonia

En la antigua Babilonia vivía un hombre muy rico que se llamaba Arkad. Su inmensa fortuna hacía que fuera admirado en todo el mundo. También era conocido por su generosidad. Daba desinteresadamente a los pobres, era espléndido con su familia y gastaba mucho en sí mismo, pero su fortuna se acrecentaba cada año más de lo que podía gastar.

Un día, unos amigos de la infancia lo fueron a ver y le dijeron:

—Tú, Arkad, eres más afortunado que nosotros. Te has convertido en el hombre más rico de Babilonia mientras que nosotros todavía estamos luchando por subsistir. Tú puedes llevar las más bellas ropas y regalarte con los manjares más exóticos, mientras que nosotros nos hemos de conformar con vestir a nuestras familias de manera apenas decente y alimentarlas lo mejor que podemos.

»Sin embargo, hubo un tiempo en el que éramos iguales. Estudiamos con el mismo maestro y jugamos a los mismos juegos, aunque no nos superabas en los juegos ni en los estudios, y durante esos años no fuiste mejor ciudadano que nosotros.

»Y, por lo que podemos juzgar, no has trabajado más duro ni más arduamente que nosotros. ¿Por qué entonces te elige a ti la

suerte caprichosa para que goces de todas las cosas buenas de la vida y a nosotros, que tenemos los mismos méritos, nos ignora?

—Si sólo habéis conseguido vivir de manera sencilla desde los años de nuestra juventud —los reprendió Arkad—, es que no habéis aprendido las reglas que permiten acceder a la riqueza, o también puede ser que no las hayáis observado.

»‘La Fortuna Caprichosa’ es una diosa malvada que no favorece siempre a las mismas personas. Al contrario, lleva a la ruina a casi todos los hombres sobre los que ha hecho llover oro sin que hicieran esfuerzo alguno. Mueve a actuar de manera desordenada a los derrochadores irreflexivos que gastan todo lo que ganan, dejándoles tan sólo apetitos y deseos tan grandes que no puedan saciarlos. En cambio, otras personas a las que favorece se vuelven avaras y atesoran sus bienes por miedo a gastar los que tienen, pues saben que no son capaces de reponerlos. Además, siempre temen ser asaltados por los ladrones y se condenan a vivir una vida vacía, solos y miserables.

»Probablemente existen otros que pueden usar el oro que han ganado sin esfuerzo, hacerlo rendir y continuar siendo hombres felices y ciudadanos satisfechos. Sin embargo, no son muchos. Sólo los conozco de oídas. Pensad en los hombres que repentinamente han heredado fortunas y decidme si esto que os digo no es cierto.

Sus amigos pensaron que estas palabras eran ciertas, pues conocían a hombres que habían heredado fortunas, y le pidieron que les explicara cómo se había convertido en un hombre tan próspero, por lo que continuó:

—En mi juventud, miré a mi alrededor y vi todas las buenas cosas que me podían dar felicidad y satisfacción, y me di cuenta de que la riqueza aumentaba el poder de esos bienes.

»La riqueza es un poder, la riqueza hace posible muchas cosas.

»Permite amueblar una casa con los más bellos muebles.

»Permite navegar por mares lejanos.

»Permite degustar finos manjares de lejanos países.

»Permite comprar los adornos del orfebre y del joyero.

»Permite, incluso, construir grandiosos templos para los dioses.

»Permite todas esas cosas y aún muchas otras que procuran placer a los sentidos y satisfacción al alma.

»Cuando comprendí todo eso, me prometí que yo tendría mi parte de las cosas buenas de la vida, que no sería uno de esos que se mantienen al margen, mirando con envidia cómo los otros gozan de su fortuna. No me conformaría con ropas menos caras que sólo serían respetables. No me contentaría con la vida de un pobre hombre. Al contrario, estaría invitado al banquete de las buenas cosas.

»Siendo, como ya sabéis, el hijo de un humilde comerciante, y miembro de una familia numerosa, no tenía ninguna esperanza de heredar y no estaba especialmente dotado de fuerza o de sabiduría, como habéis dicho antes con tanta franqueza; así que decidí que si quería obtener lo que deseaba, necesitaría dedicar tiempo y estudio.

»En cuanto al tiempo, todos los hombres lo tienen en abundancia. Vosotros habéis dejado pasar el tiempo necesario para enriquecerse. Y sin embargo admitís que no tenéis más bienes que vuestras buenas familias, de las que tenéis razón de estar orgullosos.

»En lo que concierne al estudio, ¿no nos enseñó nuestro sabio profesor que posee dos niveles? Las cosas que ya hemos

aprendido y que ya sabemos, y la formación que nos muestra cómo descubrir las que no sabemos.

»Así decidí buscar qué había que hacer para acumular riquezas, y cuando lo encontré, me creí en la obligación de hacerlo y de hacerlo bien. Pues ¿acaso no es sabio el querer aprovechar la vida mientras nos ilumina el sol, ya que la desgracia pronto se abatirá sobre nosotros en el momento que partamos hacia la negrura del mundo de los espíritus?

»Encontré un puesto de escriba en la sala de archivos, en la que durante largas horas todos los días trabajaba sobre las tablillas de barro, semana tras semana, mes tras mes; sin embargo, nada me quedaba de lo que ganaba. La comida, el vestido, lo que correspondía a los dioses y otras cosas de las que ya no me acuerdo absorbían todos mis beneficios. Pero aun así estaba decidido.

»Y un día, Algamish el prestamista vino a la casa del señor de la ciudad y encargó una copia de la novena ley; me dijo: “La tengo que tener en mi poder dentro de dos días; si el trabajo está hecho a tiempo, te daré dos monedas de cobre”.

»Así que trabajé duro, pero la ley era larga y cuando Algamish volvió, no había terminado el trabajo. Estaba tan enfadado que si hubiera sido su esclavo, me habría pegado. Pero como sabía que mi amo no lo habría permitido, no tuve miedo y le pregunté: “Algamish, sois un hombre rico. Decidme cómo puedo hacerme rico y trabajaré toda la noche escribiendo en las tablillas para que cuando el sol se levante la ley esté ya grabada”.

»Él me sonrió y respondió: “Eres un joven astuto, pero acepto el trato”.

»Pasé toda la noche escribiendo, aunque me dolía la espalda y el mal olor de la lámpara me daba dolor de cabeza, hasta que